

## CAPÍTULO II

Descripción de Cuautla. — Fortifícase Morelos en este pueblo. — Número y calidad de sus tropas. — Sus últimos preparativos de defensa. — Fuerzas de los sitiadores. — Reconoce Calleja las fortificaciones de la plaza — Sale Morelos seguido de pocos soldados y se halla en peligro de caer prisionero — Sangriento combate del convento de San Diego. — Muerte de los coroneles realistas Sagarra, Oviedo y conde de Casa Rul. — Porfiada lucha en el interior de las casas. — El niño Narciso Mendoza — Galeana restablece el combate. — Después de un ataque de ocho horas son rechazados los realistas. — Calleja se sitúa en la hacienda de Santa Inés. — Estragos del asalto en las casas del pueblo. — Resolución de Calleja de sitiar á Cuautla. — Propone al virey la demolición de ésta. — Marcha el brigadier Llano contra Izúcar, y es rechazado el 23 y el 24 de febrero. — Retírase Llano y se dirige con su división al campo de Calleja. — Morelos trata de detener la marcha de Llano y envía una fuerza á la barranca de Tlayacac. — Es derrotada ésta y se efectúa la unión de Llano y de Calleja. — Cuautla circunvalada. — Rómpease el fuego de los sitiadores sobre la plaza el 10 de marzo. — Terrible bombardeo que destruye gran número de casas. — Don Miguel Bravo y otros jefes intentan socorrer la plaza y se sitúan en la barranca de Mayotepec. — Son desalojados por el batallón de Lovera. — Se retiran al *Mal pats* y allí los derrota el capitán realista don Gabriel Armijo. — Dispone Calleja cortar el agua de Juchitengo. — Los sitiados levantan bajo el fuego de los realistas un reduto en *la toma del agua*. — Sangrientos y diarios combates que sostienen los independientes en defensa de *la toma*. — Atacan los sitiados el fortín del Calvario y después de tomarlo se ven obligados á retirarse. — Muerte del capitán realista don Gil Riaño. — Morelos consulta con sus oficiales salir personalmente en busca de víveres. — Opónense aquéllos y el coronel Matamoros rompe la línea la noche del 21 de abril. — Hambre espantosa dentro de Cuautla. — Peste asoladora. — Recursos de que se vale Morelos para vigorizar el ánimo de sus soldados. — Fiestas improvisadas en el reduto del agua. — Juicio de Calleja respecto de la resistencia que le oponen los independientes. — Dificil situación de los sitiadores. — Comunicaciones cambiadas entre el virey y Calleja. — Ataca Matamoros la línea de circunvalación para introducir víveres en la plaza. — Es rechazado. — Calleja ofrece el indulto á los caudillos Morelos, Galeana y Bravo. — Contestación del primero. — Resuelven los independientes evacuar la plaza rompiendo la línea sitiadora. — Salida de Morelos y su pequeño ejército en las primeras horas del 2 de mayo, después de setenta y dos días de asedio. — Orden de la marcha. — Combate en la hacienda de Guadalupe. — Ignora Calleja durante algunas horas la salida de los independientes. — Son éstos perseguidos vigorosamente. — Morelos y el grueso de su fuerza se dirigen á Ocuicuto y luego á Izúcar. — Don Leonardo Bravo es hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel. — El coronel realista Echeagaray es nombrado gobernador militar de Cuautla. — Horrible aspecto que ofrecía este pueblo. — Triste condición de sus moradores. — Numerosas víctimas de la peste. — Saqueo del pueblo por las tropas realistas. — Elogios de este memorable sitio hechos por los enemigos de la independencia. — Vuelve Calleja á México. — Disolución del ejército del Centro.

Sigamos ahora al general Calleja, á quien dejamos en Pasulco, á corta distancia de Cuautla, resuelto á destruir al cuerpo de ejército más temible de los que habían luchado hasta entonces por la independencia.

Pero antes de continuar el relato de las operaciones militares, preciso es que intentemos describir el teatro que fué de portentosas hazañas cuyo brillo, lejos de apocarse por el tiempo, aparece hoy con viva claridad alumbrando esplendorosamente á los héroes de la emancipación mexicana. El nombre de Cuautla, como los de Sagunto, Numancia, Gerona y Zaragoza, simboliza el patriotismo ardiente elevado hasta el sacrificio, y si la historia de la guerra que emprendieron nuestros padres sólo se redujese á la defensa de aquel pueblo, ésta bastaría para eternizar su recuerdo.

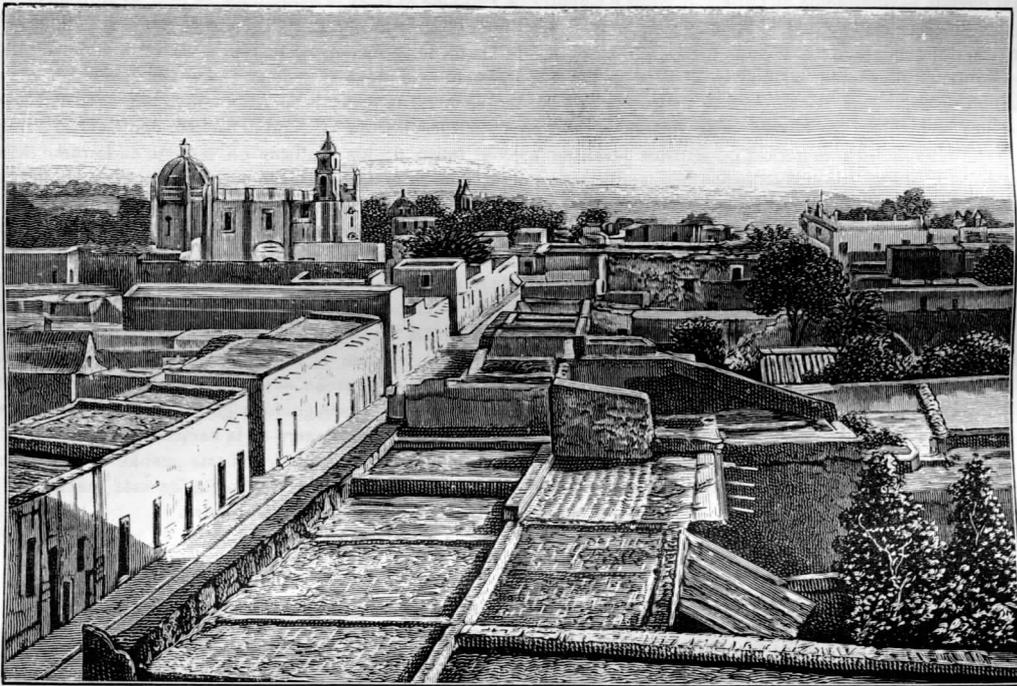
Álzase Cuautla sobre un terreno ligeramente elevado que domina, como una meseta, las llanuras circunvecinas. Por la parte oriental de la población corre entre ésta y las lomas de Zacatepec el río que naciendo en las vertientes del Popocatepetl va á mezclar sus aguas con las del turbulento Amacusac, y cuya profunda caja natural mide por aquel rumbo doscientas varas de

anchura. Ciñendo la línea exterior que forma el caserío, cuya mayor longitud de norte á sur es de media legua, y su anchura de un cuarto de legua, hállase una no interrumpida línea de espesa arboleda, entre la que destacan los platanares sus flecos sonantes y lustrosos. Una atarjea de mampostería de vara y media de espesor, que se va elevando gradualmente hasta la altura de catorce varas, corre desde el Calvario, extremidad norte de Cuautla, hasta la *hacienda* de Buenavista, situada en el término sur, y la cierra por la parte occidental, así como el barranco del río le sirve de foso por el lado del oriente. El pueblo, en 1812, con excepción de algunas iglesias y de pocas casas de cal y canto, componíase en su mayor parte de humildes chozas unidas entre sí por cercas de piedra. Desde el Calvario corre una calle recta que á la entrada de la población pasa costeano la iglesia y convento de San Diego; en el centro atraviesa la plaza principal, donde se levanta el viejo convento de Santo Domingo, cuya iglesia es la parroquia del lugar, y termina en Santa Bárbara, situada en el extremo opuesto al Calvario.

Morelos, que acompañado de don Hermenegildo

Galeana, Matamoros y los Bravos (don Víctor y don Nicolás), había entrado en Cuautla el 9 de febrero <sup>1</sup>, comprendió que allí sería atacado en breve, y con infatigable constancia se dedicó á fortificar el pueblo, aumentando las obras de defensa comenzadas por don Leonardo Bravo, jefe de la plaza durante la expedición de Morelos á Taxco y Tenancingo. Levantáronse trincheras y se hicieron cortaduras en los puntos más convenientes; se abrieron troneras en los conventos y casas principales y se mandó allegar la mayor cantidad posible de víveres y de forrajes. Los tres mil hombres que Morelos y sus tenientes habían conducido, dividíanse en mil infantes y dos mil de caballería, regularmente armados, los que se aumentaron en lo sucesivo hasta cuatro mil, con

algunas fuerzas que llevaron don Francisco Ayala, el teniente coronel Cano y algunos otros jefes de menor importancia. La mayor parte de los defensores de Cuautla se formaba de negros y mulatos de la costa, «hombres de resolución y fuerza, dice un historiador, armados con fusiles y diestros en su manejo, á quienes había ensoberbecido una serie casi no interrumpida de sucesos felices, y mandados por hombres de honor y corazón, tales como los Bravos y Galeana <sup>1</sup>.» Diez y seis cañones de varios calibres formaban la artillería de Morelos, contándose entre ellos una culebrina y el famoso *Niño*, cañón pequeño, que, como se recordará, servía en la hacienda de los Galeanas para hacer salva en los días de fiesta religiosa.



Vista general de Cuautla

Todo fué animación y movimiento en el interior de Cuautla desde que se supo el avance de Calleja, y luego su llegada á Pasulco. Confióse á Galeana la fortificación de la plaza y convento de San Diego situados al norte del pueblo; dióse el mando de Santo Domingo al general don Leonardo Bravo, y se encargó al denuedo de Matamoros y don Víctor Bravo la custodia de Buenavista, punto extremo sur del perímetro fortificado. El trabajo en las trincheras, cortaduras y reductos no cesaba de día ni de noche, dedicándose á él con igual ardor hasta las mujeres y los niños, pues los habitantes de Cuautla parecía que estaban dispuestos á sepultarse bajo los escombros de su lugar antes de rendirse al enemigo. Morelos desplegó durante aquellos días una indomable actividad: pasaba revista á sus tropas, dirigía las obras de defensa, inspeccionaba el parque y arma-

<sup>1</sup> Véase el capítulo anterior.

mento, enviaba emisarios á los pueblos vecinos con la orden de transportar á Cuautla cuantas provisiones hallasen, y en todas partes alentaba con su voz y con su ejemplo á los trabajadores y soldados.

Al amanecer del 18 de febrero una espesa polvareda que se alzaba en turbios remolinos sobre la carretera de México, hacia el norte, anunció á los independentes que el enemigo llegaba frente á Cuautla. El cuerpo de ejército de Calleja constaba de cinco mil hombres, y algunos días después ascendió á siete mil con la incorporación de las tropas mandadas por Llano. Los mejores batallones del ejército realista marchaban al ataque de Cuautla: los de Asturias y Lovera, recién llegados de España; los de la Corona, Guanajuato, Patriotas de San Luis y columna de Granaderos; y los escuadrones de lanceros de México, San Carlos, Zamora, España, Tulancingo, Armijo y

<sup>1</sup> ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 491.

Morán. Venían á la cabeza de estos batallones y escuadrones los jefes de mayor nombradía, y casi todos habían militado á las órdenes de Calleja en las victoriosas expediciones de este general desde los postreros meses de 1810.

Avanzó Calleja con un cuerpo de quinientos hombres escogidos para hacer un reconocimiento alrededor del pueblo, y después de recorrer á distancia de tiro de cañón el perímetro fortificado se situó en la loma de Cuautlixco, á media legua de Cuautla. Morelos, que observaba desde las alturas de San Diego este movimiento, intentó inquietarle con su caballería por la retaguardia; Galeana, Matamoros y los Bravos se esforzaron en vano por apartar al general de este atrevido proyecto, pero el ilustre jefe calmó los temores de sus tenientes diciéndoles

que era solamente su propósito reconocer la posición de los contrarios. Seguido de algunos hombres de su escolta salió de sus atrincheramientos y cayó con ímpetu sobre las avanzadas realistas. Pero Calleja había previsto este acto de arrojo de Morelos, y con sobrada astucia dispuso que de un lado y otro del camino se emboscasen gruesos pelotones de infantería con un cañón para destrozar á los independientes que por esa vía se aventurasen. Apenas se presentaron éstos huyeron las avanzadas realistas, pero al mismo tiempo sus emboscadas comenzaron á cruzar sus disparos sobre la escolta de Morelos, que en pocos momentos quedó diezmada por el fuego: cayeron al lado del ilustre jefe algunos de sus soldados más queridos, otros tornaron á Cuautla fugitivos, y muy



Iglesia parroquial de Cuautla

pocos permanecieron en su compañía afrontando una verdadera lluvia de balas; y con ellos, sin embargo, se resolvía Morelos espada en mano entre las filas de los realistas que ya le rodeaban, con la decidida intención de aprisionarle.

Entonces fué cuando los atalayas colocados en las torres, viendo el extremo peligro en que se hallaba el general, dieron voces que infundieron grandísima angustia en los de adentro. Oyólas Galeana, y seguido de algunos jinetes, partió velozmente con dirección al lugar de la pelea, derribando con furia á los enemigos que encontró á su paso hasta llegar al lado de Morelos, quien libre ya del cerco que le tenía aprisionado, pudo regresar á Cuautla en medio del delirante júbilo de sus habitantes y de los soldados, que habían creído perderle para siempre.

Calleja no pensaba que fuese necesario sitiar á Cuautla, y en las instrucciones que recibió del virey

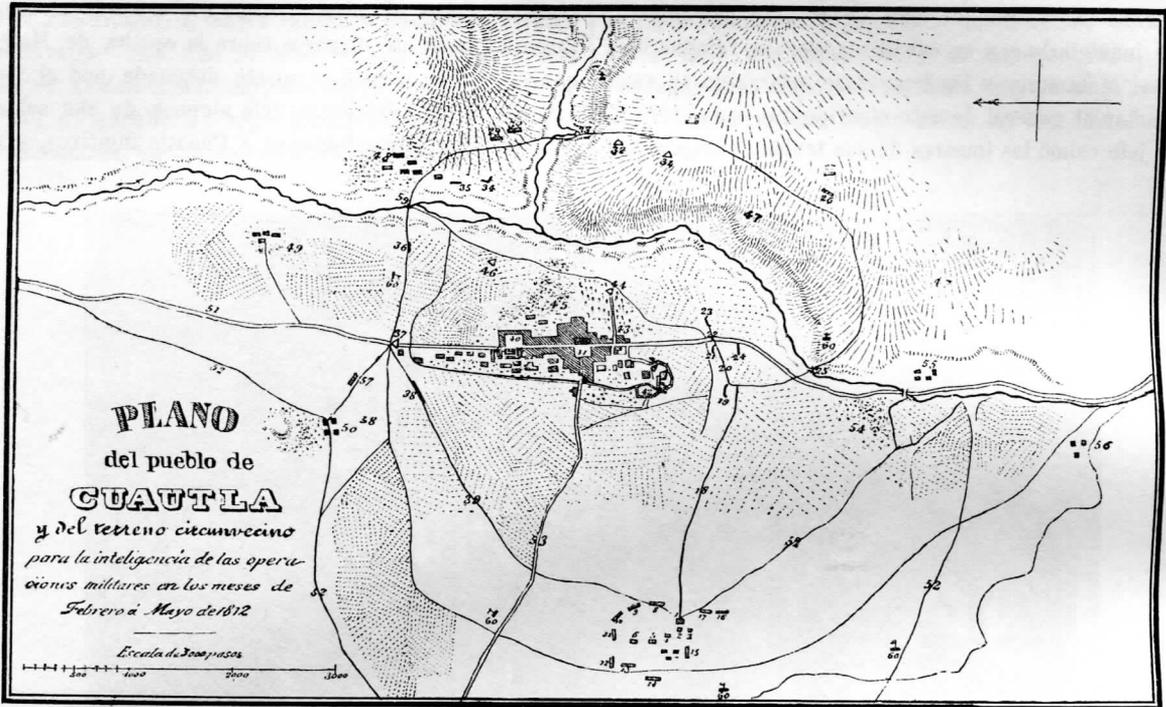
antes de emprender su marcha, se le recomendaba obrar con la mayor rapidez. Debió creer que aquellas masas mal armadas no podrían resistir al impetuoso ataque de sus disciplinados batallones, y más hubo quizás de animarle en su propósito la vista del pueblo, cuyo caserío, formado en su mayor parte de chozas de *zacate*, no ofrecía á sus defensores muchos medios de resistencia. El perímetro mismo, excepto por la parte oriental que defendía el barranco de que ya hemos hablado, no presentaba obstáculos serios á tropas acostumbradas al asalto. Fundándose sin duda en estas consideraciones, que nada tienen de ilusorio, dispuso Calleja el ataque para el siguiente día, 19 de febrero.

A las siete de la mañana cuatro columnas de infantería realista avanzaron denodadamente desde el Calvario con dirección al convento de San Diego: á tiro de fusil dos de las columnas se desviaron, respectivamente, á

derecha é izquierda, para caer sobre los flancos de la posición, en tanto que las dos restantes marchaban de frente, llevando en su centro una batería y en los flancos dos de los mejores regimientos del ejército. Calleja iba en un coche á retaguardia de las columnas, pues seguro de su triunfo, no juzgó necesario montar á caballo y ponerse á la cabeza de sus tropas. Morelos, que había notado gran movimiento desde muy temprano en el campo

enemigo, comprendió que pronto iba á ser atacado, y adoptó las medidas que creyó indispensables para resistir con vigor; dió orden de que se dejase llegar á las columnas hasta cerca de la plaza sin hacerles fuego, y confirmó en el mando de la fortificación amenazada al siempre intrépido Galeana.

Siguió avanzando la tropa realista; entró en el extremo norte de la calle Real, y al llegar á la plazuela



#### EXPLICACIÓN DEL PLANO QUE REPRESENTA EL BLOQUEO Y ATAQUES DE CUAUTLA AMILPAS

- Puntos ocupados por los sitiadores:** = 1. Habitación del general Calleja. — 2. Habitación del cuartel maestro. — 3. Habitación del mayor general de infantería. — 4. Habitación del mayor general de caballería. — 5. Parque. — 6. Proveeduría. — 7. Hospital. — 8. Columna de granaderos. — 9. Batallón de Guanajuato. — 10. Escuadrón de lanceros de Meneso. — 11. Batallón de la Corona. — 12. Regimiento de caballería de San Luis. — 13. Patriotas de San Luis. — 14. Regimiento de caballería de San Carlos. — 15. Escuadrones de lanceros de Zarzosa y Armijo. — 16. Escuadrones de México. — 17. Escuadrones de España. — 18. Camino de comunicación con las baterías de Buenavista. — 19. Batería del coronel Gordoncillo. — 20. Camino cubierto. — 21. Batería del capitán Murga. — 22. Parapeto de una trinchera en el camino de Cuautla al de Coahuixtla. — 23. Batería la más avanzada que se situó al fin del sitio. — 24. Espaldón de los morteros. — 25. Puente de comunicación al campo del brigadier don Ciriaco del Llano. — 26. Batallón de Asturias. — 27. Escuadrón de Tulancingo. — 28. Batallón mixto. — 29. Escuadrón de dragones de Puebla. — 30. Batallón expedicionario de Lobera. — 31. Reducto en que se situaron primeramente los morteros. — 32. Otro reducto para avanzada de infantería. — 33. Camino abierto de comunicación en una profunda barranca llamada de «la Agua Hedionda». — 34. Batería de agua de Juchitengo. — 35. Espaldón para infantería. — 36. Otro espaldón para avanzada de sesenta granaderos. — 37. Reducto del Calvario. — 38. Espaldón que de noche se sostenía con infantería y artillería. — 39. Camino de comunicación del reducto del Calvario á la habitación del general Calleja.
- Puntos ocupados por los sitiados en el pueblo:** = 40. Plaza de San Diego. — 41. Plaza de Santo Domingo. — 42. Hacienda de Buenavista. — 43. Santa Bárbara. — 44. Reducto del Platanar. — 45. Bosque de árboles frutales. — 46. Reducto de los insurgentes para favorecer la entrada del agua.
- Puntos exteriores fuera de la circunvalación:** = 47. Lomas de Zacatepec. — 48. Pueblo de Amelcingo. — 49. Hacienda de Guadalupita. — 50. Hacienda de Santa Inés. — 51. Camino real de México. — 52. Camino por donde el ejército pasó para establecer el sitio, levantando el campo de Cuauxtlisco donde estuvo cuando Calleja fué rechazado por Morelos el 19 de febrero de 1812. — 53. Camino del Hospital. — 54. Bosque en las inmediaciones de Coahuixtla. — 55. Hacienda de Coahuixtla. — 56. Hacienda de Mapaxtlam. — 57. Escuadrón de lanceros de retén. — 58. Guerrillas. — 59. Puente de comunicación. — 60. Avanzadas de caballería de veinticinco hombres de día, y de noche de cincuenta.

de San Diego desenganchó sus cañones y los puso en batería frente á la trinchera defendida por los independientes. Rompiéronse entonces los fuegos de ambos lados: los realistas disparaban con rapidez, y sus contrarios pausadamente, como para no malgastar su escaso parque. Pronto envolvió una espesísima nube de humo á la plaza de San Diego, nube que rasgaban como lenguas de fuego las descargas de la artillería española. Galeana había saltado el parapeto y se batía á pecho descubierto disparando su carabina. El coronel realista Sagarra, que mandaba la batería, hubo de distinguir al

fin al hombre que tan osadamente hacía fuego sobre sus artilleros, y reconociéndole, se dirigió hacia él con rapidez y le disparó su pistola á quema ropa. Ileso quedó, sin embargo, el bravo Galeana, y echándose á la cara su arma mató á Sagarra, y despojándole de sus armas le asió de un pié y así metiéndole dentro del perímetro fortificado. «La tropa enemiga, testigo presencial de este suceso, dice Bustamante en su *Cuadro Histórico*, enmudeció como atónita y avergonzada; tanto le impuso este brío, digno de los tiempos de Roma. Apareció muy luego un coronel dando sus órdenes y llevando un tambor

al lado. Galeana mandó á cinco hombres que le hiciesen fuego; cayó del hermoso alazán que montaba; abrazáronle los suyos y se lo llevaron herido mortalmente: dijose allí que era el coronel conde de Casa Rul, hombre digno de mejor suerte...» Murió también á los primeros tiros el coronel del batallón *Patriotas de San Luis*, don Juan Nepomuceno Oviedo.

Lejos de flaquear, enfurecieron los realistas por las pérdidas que acababan de sufrir en tres de sus oficiales superiores, y apretando sus filas y alzando ronca vocería se arrojaron á la trinchera que les cerraba el paso como una muralla de acero y fuego. Fué aquél un

choque formidable, en que peleando cuerpo á cuerpo los combatientes no podían disparar sus fusiles y servíanse de ellos para golpearse con rabia. Cuando más empeñada estaba la refriega al pié de la trinchera, los indios colocados tras de las tapias del convento dirigieron una lluvia de piedras disparadas por sus hondas sobre las masas realistas: silbaban broncamente estos terribles proyectiles, y los que no causaban la muerte dejaban maltrecho á quien tocaban. Este inesperado ataque acabó de desorganizar á los asaltantes, y perdida su primitiva formación se dividieron en varios trozos, que unidos á las dos columnas dirigidas desde el principio del combate



El coronel don Pablo Galeana

á derecha é izquierda, entraron en las casas que forman ambas líneas de la calle, horadando las paredes divisorias para marchar cubiertos hasta la fuerte posición de San Diego. Flanqueados los independientes por este doble movimiento, Galeana destacó á un sobrino suyo para que al frente de un grupo de hombres resueltos contuviera el avance del enemigo por uno de los lados de la calle, mientras él se dirigía contra los de la línea opuesta. Pablo Galeana sostuvo entonces muy alto el brillo de su nombre: cargó resueltamente á los realistas arrojándoles granadas de mano y ametrallándoles con el famoso *Niño*, que Morelos envió á gran prisa desde la plaza de Santo Domingo, en que había situado su cuartel general.

En estos momentos oyóse una voz, quizás la de un traidor, que gritaba cerca de la trinchera de San Diego: *¡todo se ha perdido, han derrotado á Galeana!* Al oír estos gritos, los soldados que la guardaban huyeron hacia el centro de la población, arrastrando en su fuga al capitán Larios que con una pieza de artillería se hallaba apostado en una callejuela inmediata. Difundiéndose sucesivamente el desconcierto en todos los puntos fortificados, y por algunos momentos reinó dentro de Cuautla la más espantosa confusión. Ya una tropa de dragones enemigos se dirigía á la abandonada trinchera, cuando un niño de doce años, llamado Narciso Mendoza, corrió al cañón, lo disparó, y el grupo de dragones retrocedió

envuelto en humo y llevando muertos y heridos á algunos de los suyos <sup>1</sup>. Rápido fué este incidente del que dependió en ese día, sin embargo, la toma de Cuautla; llegó Galeana en esos momentos supremos á la trinchera, después de arrojar á los de la columna de la izquierda; hizo volver á los fugitivos; cubrió nuevamente los puntos abandonados del convento; y aumentada su fuerza con tropas de refresco, conducidas por el mismo Morelos y don Leonardo Bravo, rechazó otros dos ataques emprendidos por las columnas realistas.

Eran las tres de la tarde, y el combate había empezado á las siete de la mañana; escaseaba el parque de los realistas; todos sus asaltos eran rechazados; varios de sus jefes superiores yacían tendidos en los alrededores de San Diego, y la sangre de cuatrocientos muertos y de mayor número de heridos, por ambas partes, teñía la calle Real y las casas adyacentes. Calleja emprendió la retirada, y fué á situarse con sus escarmentados batallones á la hacienda de Santa Inés y lomas de Cuautlixco <sup>2</sup>.

Después de la lucha, Morelos entró en las casas que habían horadado los realistas y cada una de ellas ofrecía muestras palpitantes del terrible asalto que acababa de pasar: sus pobres moradores fueron víctimas de la furia de los que atacaron; nada fué respetado por ellos, ni las mujeres, niños y ancianos, bárbaramente asesinados dentro de las casas y en las huertas, ni sus humildes muebles y utensilios que fueron destruídos. Tuvo el ilustre general palabras de consuelo para tantos dolores, y á la vista de tamaña desolación, afirmóse más en su ánimo el propósito de resistir hasta lo último en defensa de la libertad de su patria. El resultado del ataque dejábale entrever, además, la posibilidad de vencer al ejército realista que tenía á su frente, en cuyo caso ningún obstáculo le podría detener para avanzar victorioso hasta las goteras de la misma capital del vireinato <sup>3</sup>.

Calleja, entretanto, comunicaba á Venegas el desastre que acababa de sufrir <sup>4</sup>, aunque atenuando las pérdidas y afirmando que el número de independientes encerrados en Cuautla ascendía á doce mil hombres con treinta piezas de artillería; que este pueblo estaba forti-

ficado con inteligencia; que no era posible tomarlo por asalto; y que para establecer un sitio en regla necesitaba refuerzos de gente y artillería, y más copioso abastecimiento de pertrechos y víveres. En esa misma noche del 19, reunió en junta de guerra á todos los jefes superiores de su ejército, y todos, sin excepción, opinaron que era menester diferir el ataque, hasta que se recibiesen los medios necesarios para repetirlo con probabilidades de buen éxito. Al día siguiente, 20 de febrero, enviaba nueva comunicación al virey, asegurándole que el pueblo exigía un sitio de seis ú ocho días, con tropas suficientes para dirigir tres ataques y circunvalarle, pues aunque su recinto ocupaba más de una legua, podía reducirse á la tercera parte <sup>1</sup>.

«Si Cuautla no quedase demolida como Zitácuaro, decía Calleja en esta comunicación, el enemigo multiplicaría sus fortificaciones en parajes convenientes, y la insurrección, que se halla en su último término, cundiría rápidamente y tomaría un nuevo y vigoroso aspecto.

»Cuautla debe ser demolida, repetía á imitación del *Delenda Carthago* del viejo romano, y si es posible,

<sup>1</sup> Parte de Calleja (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo IV, pág. 35):

«Excelentísimo Señor:—Acompaño á V. E. el duplicado del parte y la noticia de muertos y heridos en el ataque de Cuautla, de la que me mantengo á media legua, á pesar de la mucha dificultad que me ofrece la subsistencia, y singularmente los forrajes; pero quiero imponerme, antes de apartarme, del estado en que ha quedado, por si pudiere aprovechar alguna oportunidad.

»Si Cuautla no quedase demolida como Zitácuaro, el enemigo creería haber hallado un medio seguro de sostenerse, multiplicaría sus fortificaciones en parajes convenientes en las que reuniría el inmenso número que de temor se les separa, y desde las que interceptaría los caminos y destruiría los pueblos y haciendas; las pocas tropas con que contamos se aniquilarían, y acaso se intimidarían, y la insurrección, que se halla en su último término, cundiría rápidamente, y tomaría un nuevo y vigoroso aspecto.

»Cuautla debe ser demolida, y si es posible sepultados los facciosos en sus recintos, y todos los efectos serían contrarios; nadie se atreverá en adelante á encerrarse en los pueblos ni encontrarán otro medio para libertarse de la muerte que el de dejar las armas; pero para esto se necesitan medios oportunos. Ella está situada, fortificada, y guarnecida y defendida de un modo que no es empresa de pocas horas, de poca gente y de pocos auxilios. En un mismo día tengo necesidad de marchar del campo al ataque, conduciendo y poniendo á cubierto de la numerosa caballería del enemigo las provisiones, los equipajes, el parque, los heridos, y los enfermos conducidos con inhumanidad en burros: necesito verificar el ataque calculando, si no consigo apoderarme del puesto, que me quede tiempo para volver al campo, desde el que necesitan salir tropas inmediatamente á procurarse forrajes á largas distancias, otras á leñar, y las restantes á cubrir y defender el campo de la caballería enemiga, que continuamente se deja ver á largas distancias, huyendo cuando la atacan, y acercándose cuando se retiran nuestras tropas, con lo que inevitablemente se fatigan, enferman, arruinan y desaparecen.

»Cuautla está fortificada con inteligencia, formando un recinto de dos plazas y dos iglesias circunvaladas de cortaduras, parapetos y baterías amercionadas: la defienden doce mil y quinientos armados de fusil, treinta piezas de varios calibres y casi toda la restante tropa de caballería, por lo que no es posible tomarla por asalto, sino con mucha pérdida, y con infantería muy acostumbrada á ellos. El bloqueo ó el sitio en regla necesita más gente, singularmente de infantería, artillería, víveres, pertrechos y tiempo. V. E. resolverá lo que deba ejecutar; en concepto de que en el entretanto me mantendré en las inmediaciones más próximas en que halle subsistencias.

»He consumido muchas municiones en un ataque que duró seis horas, y hasta que me den noticia ignoro la existencia, que debe ser bien poca, pero siempre bastante para batir al enemigo si tuviese la osadía de salir de su recinto.

»Dios, etc. Campo de Cuahutlixco, febrero 19 de 1812 á las cinco de la tarde. — Félix María Calleja.»

<sup>1</sup> Cuautla, agradecida, dió á una de sus calles el nombre de *Narciso Mendoza*. Este niño llegó á ser, andando el tiempo, teniente coronel del ejército mexicano, y desterrado luego á Centro-América, ocupó un distinguido puesto militar en una de las repúblicas en que se dividió ese país. Dícese que regresó á México y que murió en Cuautla, su tierra natal.

<sup>2</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, págs. 43-45. — J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, pág. 342. — Alamán dice que en esta jornada el coronel don José Jalón no sostuvo su reputación adquirida, pues se aseguró que oculto tras de una pared dió repetidas muestras de flaqueza, por lo que Calleja lo suspendió del mando, y desde entonces, no obstante el favor que Venegas le dispensaba, no llegó á figurar en cosa importante hasta que regresó á España. (*Historia de México*, tomo II, pág. 493).

<sup>3</sup> Declaración de Morelos en su causa. (*Archivo general de la Nación*).

<sup>4</sup> Parte de Calleja de 19 de febrero. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo IV, pág. 34).

sepultados los facciosos en su recinto y todos los efectos serán contrarios: nadie se atreverá en lo de adelante á encerrarse en los pueblos, ni encontrarán otro medio para libertarse de la muerte que el de dejar las armas.»

Al día siguiente del asalto emprendido contra la plaza de San Diego, el capitán Larios interceptó un oficio dirigido por Calleja á Venegas, en el que manifestaba el verdadero número de hombres fuera de combate que tuvieron las tropas realistas, y la escasez de municiones á que estaban reducidas. Motivo fué el conocimiento de este parte para que Morelos y sus principales tenientes se reuniesen en consejo de guerra á fin de discutir la conveniencia de atacar al general español en su campamento. Galeana opinó por el combate, que nunca este bravo daba oídos más que á su intrepidez imponderable, pero hubo de prevalecer al cabo en la junta el dictamen cuerdo y prudente de Morelos, quien, aparte de recelar que la comunicación de Calleja fuese un ardid para alentar á los independientes á una salida, demostró con copia de incontestables razones que en el caso de efectuarla, todas las probabilidades de éxito militarían á favor de los realistas.

Recordará el lector que, según el plan formado por Venegas <sup>1</sup>, Cuautla é Izúcar habían de ser atacadas simultáneamente, debiendo marchar contra esta última el coronel Llano, ascendido á brigadier en la promoción general de principios de febrero. Reforzado este jefe con un regimiento de caballería que se le envió de la capital, salió de Puebla al frente de dos mil hombres, comprendidos en varios de los batallones y escuadrones que hemos enumerado al principio de este capítulo, cuando dimos noticia del ejército todo, puesto á las órdenes de Calleja. El 23 de febrero llegó Llano frente á Izúcar, y situándose desde luego en el cerro del Calvario, rompió sobre la población un vivo cañoneo por espacio de dos horas; protegidas por este fuego mortífero lanzó dos columnas de ataque mandadas por el coronel don José Antonio Andrade. Los independientes, á las órdenes del padre Sánchez y del capitán don Vicente Guerrero, rechazaron con indómito valor las embestidas de las columnas realistas, que destrozadas se retiraron, ya al caer la tarde, á la posición del Calvario. Repitióse el asalto el día 24, pero fué tan infructuoso como el anterior: Andrade, no pudiendo forzar los atrincheramientos y sufriendo un vivo fuego de las troneras abiertas en las casas, se retiró á su punto de partida después de pegar fuego á los barrios de Santiago y del Calvario; y desde la eminencia de este nombre siguió la artillería realista, durante aquel día, lanzando balas y granadas sobre la población de Izúcar.

En estos críticos momentos para Llano, llegó á sus manos la orden de Venegas en que le prevenía que marchase sin pérdida de tiempo á incorporarse á Calleja en el campamento establecido frente á Cuautla. Púsose

<sup>1</sup> Capítulo I, lib. II.

en marcha el 26 de febrero, y aunque picada su retaguardia por una fuerte columna que le siguió algunas leguas, y dejando en el camino un cañón y un corto número de prisioneros, pudo el brigadier realista dar vuelta á la falda del Popocatepetl y entrar en la *Tierra Caliente*, llegando con su división al campo de Calleja el último día de febrero.

Pocos días antes, sabedor Morelos de la marcha de Llano, determinó impedir la reunión de éste con el ejército que tenía á su frente, y acordó que saliese una fuerza respetable al mando del coronel Ordiera con la orden de ocupar la barranca de Tlayacac, punto necesario de tránsito para la división de Llano. Este movimiento no fué tan secreto que se ocultase á Calleja, el cual destacó violentamente una tropa considerable que dispersó por completo el cuerpo independiente acaudillado por Ordiera, sin que un solo hombre pudiese regresar á Cuautla. Así, mientras los sitiadores aumentaban sus filas con dos mil hombres, Morelos vió disminuídas sus escasas fuerzas por la pérdida de trescientos hombres, muertos, prisioneros ó dispersos en la barranca de Tlayacac.

Reforzado así el ejército realista, pudo Calleja dar principio á las obras de circunvalación; su cuartel general quedó situado hacia el poniente de Cuautla, en terrenos de la hacienda de Buenavista; el depósito de parque, la proveeduría y los hospitales fueron establecidos cerca del cuartel general, al lado contrario, y sobre las lomas de Zacatepec se asentó Llano. Una línea de trincheras, á medio tiro de fusil de las baterías de la plaza, se prolongó por el rumbo sur, ligando la derecha de Calleja y la izquierda de Llano. Los batallones de Asturias, Lovera y Mixto, y los escuadrones de Puebla y Tulancingo, cubrían el lado del oriente y remataban en el reducto del Calvario, al norte, perfectamente fortificado, pues era de todas las posiciones realistas la más próxima á la plaza. Desde el Calvario se alzaba una sucesión de espaldones, que defendidos por infantería y caballería terminaban en el cuartel general de Calleja, cerrando de este modo la línea de circunvalación. A la derecha de las lomas de Zacatepec se abre un profundo barranco, llamado del *Agua Hedionda*, cuyas vertientes, formadas por una fuente medicinal azufrosa que le da el nombre, derraman en el río; para salvar este barranco se abrió en sus lados un camino de comunicación, y cerca del pueblecillo de Amelcingo se echó sobre el río un puente de madera á fin de continuar la línea de los sitiadores. Esta, larga de dos leguas, estaba además reforzada con reductos, construídos en los puntos que se creyó más peligrosos.

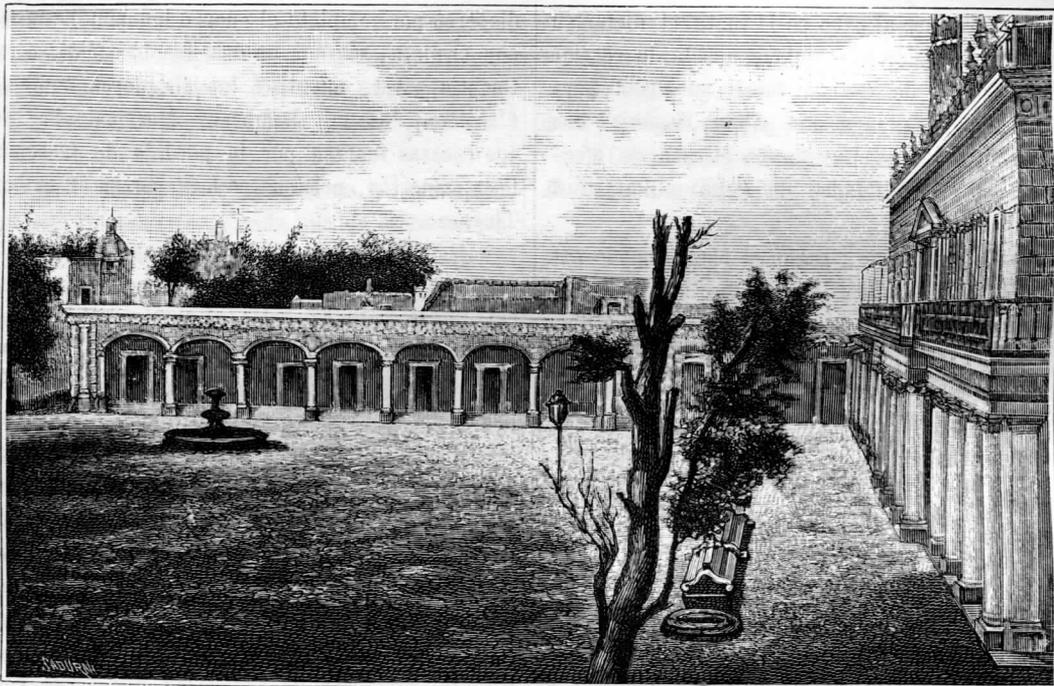
Morelos, entretanto, había desplegado su incansable actividad aumentando sus obras de defensa, pues fortificó la hacienda de Buenavista y formó un reducto avanzado en el punto del *Platanar* para defender la derecha del río, frente al campamento de Llano. Nuevas expedicio-

nes enviadas por el esclarecido patriota á las haciendas y pueblos inmediatos, antes de que se cerrase la línea del sitio, pudieron traerle algunas provisiones de boca, é impulsó la fabricación de municiones de guerra hasta donde lo permitieron los escasos elementos del pueblo.

Desde el 1.º hasta el 9 de marzo, ni un solo día cesó Galeana de hostilizar á los realistas por el rumbo de Zacatepec; escaramuzas aisladas al principio, pronto se hacía general el combate, y tornaban las avanzadas á la plaza después de causar considerables daños á las tropas de Llano. El 10 de marzo, concluídos los terraplenes de las baterías realistas, rompióse el fuego contra los sitiados. Tronaron los cañones y morteros de Llano en las lomas de Zacatepec, y á su ejemplo, toda la línea

comenzó á lanzar granadas, metralla y bombas sobre Cuautla. Esforzábanse los artilleros por arrojar bombas á la casa ocupada por Morelos, siendo de notarse la circunstancia de que ninguno de estos proyectiles cayó, durante el sitio, en el lugar que deseaban los realistas.

Este horrible fuego no llegó á interrumpirse, ni de día ni de noche, durante todo el asedio. Caían las bombas sobre Cuautla y destruían con pavoroso estrépito las casas del pueblo, cuya construcción no oponía gran resistencia; al principio el terror se apoderó de los habitantes, que abandonaban sus moradas y corrían á las iglesias buscando en ellas refugio; luego, fuéronse acostumbrando á aquella incesante y mortífera lluvia de proyectiles: cuando percibían una bomba en el aire se



Casa que habitó Morelos en Cuautla

echaban en tierra y esperaban la explosión; pasada ésta recogían los fragmentos de hierro y los llevaban ufanos á la maestranza establecida por Morelos. «Cuento hoy, decía Calleja al virey el 13 de marzo á las seis de la mañana, cuatro días de fuego que sufre el enemigo, como pudiera una guarnición de las tropas más bizarras, sin dar ningún indicio de abandonar la defensa. Todos los días amanecen reparadas las pequeñas brechas que es capaz de abrir mi artillería de batalla: la escasez de agua la ha suplido con pozos; la de víveres con maíz que tienen en abundancia; y todas las privaciones, con un fanatismo difícil de comprender y que haría necesariamente costoso un segundo asalto, que sólo debe emprenderse en una oportunidad que no perderé si se presenta.» Y algunos días después proponía al mismo alto funcionario: «que se hiciese venir artillería gruesa de Perote, y todo cuanto pudiese necesitarse sin perder

instante, prefiriendo aquélla á todas las demás atenciones, á las que se podía después ocurrir; y si el virey no estuviese conforme en estas ideas, pediale que previniese terminantemente lo que se debía ejecutar, en circunstancias que, por cualquiera parte que se mirasen, ofrecían muchas dificultades para el acierto <sup>1</sup>.»

Aunque Cuautla tenía en cierta abundancia víveres de primera necesidad para sostener un sitio dilatado, Morelos creyó conveniente allegar mayor cantidad de provisiones, y al efecto dió orden al cura Tapia y al capitán Larios, que habían quedado fuera de la plaza, y á don Miguel Bravo, que volvía del sitio de Yanhuitlán, para que reuniesen todos los víveres que fuese posible, y viniesen sobre Cuautla á fin de introducirlos en ella. Bravo se apercibió á cumplir lo que se le prevenía, y

<sup>1</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, págs. 57 y siguientes. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 506.

agrupando bajo sus órdenes ochocientos hombres y cuatro cañones, se fortificó en el rancho de Mayotepec. Calleja supo la reunión del enemigo, presumió con fundamento el objeto, y queriendo prevenir un ataque á su línea que podía ser secundado por los sitiados, dispuso que el batallón de Lovera, al mando del sargento mayor don José Enríquez, y cuatrocientos caballos á las órdenes de Morán, saliesen á destruir las fuerzas de Bravo. Al amanecer del 16 de marzo llegó la división realista al rancho de Mayotepec y encontró á los independientes situados en una altura, los cuales, acometidos por dos puntos, tuvieron que abandonar sus posiciones retirándose, sin embargo, en buen orden hasta el *Mal país*, lugar situado á cuatro leguas de Ozumba.

Desde este punto, Bravo y sus compañeros podían interceptar los convoyes que de México se enviaban á Calleja, cada vez más necesitado de provisiones y pertrechos de guerra; y en efecto, el 18 de marzo atacaron briosamente uno que conducía el teniente don José Martín de Andrade y que logró éste salvar, gracias al denuedo de los sirvientes del famoso Yermo que formaban parte de la escolta. Preciso fué que Calleja orga-

Facsimile de la firma del jefe realista don José Gabriel de Armijo

nizase una gruesa sección, cuyo mando dió al capitán don José Gabriel de Armijo, previniéndole que sin tregua ni descanso destruyese al grupo de independientes que tan seriamente podían interrumpir sus comunicaciones con la capital. Para alcanzar tal resultado, y al mismo tiempo trasladar á Chalco los enfermos y heridos que había en los hospitales, salió Armijo del campamento de Calleja en los últimos días de marzo. Arrostró con valor el ataque que dirigieron en su contra los independientes, y llegó á Chalco con su convoy ileso. A su vuelta cayó impetuosamente sobre las posiciones de Bravo en el *Mal país* (28 de marzo de 1812), y tras una recia acometida logró desalojarle, matándole cerca de cien hombres y tomando armas, prisioneros y pertrechos. Quedaba, pues, conjurado el peligro que amenazó gravemente las comunicaciones entre la capital y el ejército sitiador.

Al mismo tiempo que este descalabro arrebató á los sitiados la esperanza de ser socorridos por don Miguel Bravo, dispuso Calleja cortar el agua de Juchitengo que

abastecía á la población de ese indispensable elemento de vida. El batallón de Lovera, protegido por las tinieblas de la noche, dió cumplimiento á esta orden, terraplenando en un gran trecho la zanja que servía de lecho al agua y dando otra dirección á su corriente. Pero Morelos comprendió el inmenso daño que acababa de hacersele, y mandó á Galeana que levantase un fortín en el punto de *la toma del agua*. Construyóse el fuerte bajo los fuegos del enemigo, y día tras día fué campo de heroicas acciones ese reducto, levantado al oriente de la plazuela de San Diego; morían los patriotas con tal de libertar á sus bravos compañeros de los horrores de la sed, y quizás algunas veces los defensores de Cuautla bebieron el agua mezclada con la sangre de sus generosos hermanos de armas. En comunicación que Calleja dirigió al virey el 4 de abril, decíale lo siguiente: «Al amanecer de ayer quedó cortada el agua de Juchitengo que entraba en Cuautla y terraplenada la zanja que la conducía, y ordené al señor Llano, por hallarse próximo á su campo, de que destinase el batallón de Lovera con su comandante á sólo el objeto de impedir que el enemigo rompiese *la toma*; pero á pesar de todas mis precauciones, y en medio del día, permitió, por descuido, que no sólo la soltase el enemigo, sino que construyese sobre la misma presa un caballero ó torreón cuadrado y cerrado, y además un espaldón que comunica el bosque con el torreón, por cuyas obras cargó un gran número de trabajadores, sostenidos desde el bosque. A pesar de su ventajosa situación, dispuse que el mismo batallón de Lovera, ciento cincuenta *patriotas de San Luis* y cien granaderos, todo al cargo del Señor Coronel Don José Antonio Andrade, atacase el torreón ó parapeto á las once de la noche, lo que verificó *sin efecto*, y tuvimos cuatro heridos y un muerto. Sigue el enemigo con extraordinaria actividad reparando *ruinas*, construyendo nuevas baterías y *atacando* alternativamente *todos* los puntos de la línea.» Los realistas combatían incesantemente á fin de arrebatar á sus contrarios *la toma del agua*, pero nunca lograron su intento. Algunos días fué tan reñido el combate y tal el esfuerzo de aquéllos por desviar el precioso líquido, que éste cesaba de correr hacia el pueblo; la sed se hacía sentir entonces devoradora en los defensores y habitantes pacíficos; el calor sofocante del Sur aumentaba su intensidad, y muchos de entre éstos pegaban los labios al lodo de las calles y plazas, y chupaban con avidez el mezquino jugo que refrescaba por un momento sus áridas bocas.

En una de las primeras noches del mes de abril, Morelos, Galeana y don José María Aguayo atacaron denodadamente el fortín del Calvario, punto importantísimo para los sitiadores, y que situado en el extremo norte del pueblo, era no sólo el puesto más avanzado que ocupaban, sino también el eslabón, por decirlo así, que unía por aquel lado las líneas de Calleja á las del brigadier Llano. Al mismo tiempo, los demás jefes

independientes llamaban la atención haciendo fuego sobre toda la línea que los circundaba. Aguayo con sus bravos costeños cargó con vigor al reducto arrojando granadas de mano sobre sus defensores, y luego, lanzándose á la bayoneta, lograron él y los suyos entrar en el interior del fortín, defendido desesperadamente por el comandante de granaderos don Agustín de la Viña. Allí murió, entre muchos, y con llanto de todo el ejército realista, el capitán graduado don Gil Riaño, hijo del desventurado intendente de Guanajuato, y ya la artillería del fuerte había caído en poder de los asaltantes, cuando grandes masas de tropa enviadas á toda prisa por Llano y Calleja los rodearon por todos lados, obligándolos á retirarse al interior de la plaza, sin trofeos, pero cubiertos de gloria.

El hambre, esa siniestra y eterna compañera de la guerra, ya se hacía sentir con intensidad dentro de Cuautla. Algunos han hecho cargos á Morelos de no haber abastecido suficientemente al pueblo que escogió para resistir á Calleja, pero nosotros creemos que esta injusta censura no empaña en lo más mínimo la honra militar del ilustre caudillo. Ya hemos dicho que apenas supo la marcha del general español, pensó dirigirse á Izúcar y esperarle allí con mejores elementos de resistencia, y si permaneció en Cuautla debido fué á la rápida marcha de las tropas realistas que no le dejó llevar á cabo su primer propósito. Además, la gran superioridad numérica de los enemigos no le permitió enviar formales expediciones que condujeran de los pueblos y haciendas inmediatas los víveres, cuya falta él, más que ninguno, deploraba. Y sin embargo, antes de que Llano se incorporase con su división al ejército sitiador, organizó varias pequeñas partidas, que aventurándose á cortas distancias, tornaron á la plaza con algunos mantenimientos.

Hemos visto también sus esfuerzos para abastecer la plaza poniéndose en comunicación con don Miguel Bravo y los jefes de guerrillas que se situaron en Mayatepec, y luego en el *Mal país*, y si la suerte fué á éstos adversa, no debe por ello culparse al valiente Morelos. Pesábale á éste la dura situación de sus soldados y de los habitantes del pueblo, y más de una vez sometió á sus oficiales la intención que le animaba de salir personalmente al frente de alguna fuerza para traer á la plaza los anhelados víveres. Pero opusieronse aquéllos encareciendo la necesidad de que permaneciese dentro de Cuautla, y en su lugar pidió salir el coronel Matamoros; accedió el general en jefe á los deseos de su bravo teniente, y éste, acompañado del coronel Perdiz y de cien dragones, arrolló en la noche del 21 de abril las líneas enemigas por el rumbo de Santa Inés, y se dirigió á ponerse de acuerdo con don Miguel Bravo y sus partidas, que se hallaban no lejos del pueblo de Ocuituco <sup>1</sup>.

Aumentaba el hambre cada día; las provisiones del ejército se habían agotado, y los comestibles de las tiendas del pueblo terminaron á mediados de abril. Los soldados y habitantes pacíficos, extenuados, macilentos, parecían espectros errantes entre los ensangrentados escombros. El aguardiente y la miel, que no escaseaban, eran el único alimento de aquellos sufridos patriotas, resueltos á defenderse mientras alentasen fuerzas bastantes á sostener una arma en sus manos. Las madres veían con sombría desesperación morir á sus pequeñuelos porque sus pechos enjutos no eran ya el manantial de la vida. Comprábase á peso de oro el alimento más ingrato, y los animales inmundos, ranas, lagartijas, ratones é *iguanas*, eran pasto delicioso de aquellos hambrientos, y cuando ya no tuvieron ni este extremo recurso, comieron cueros remojados. Un día, el general don Leonardo Bravo vió que un soldado saboreaba con avidez un trozo de cuero, y al preguntarle si hallaba bueno tal alimento, *como si fuera mamón*, le contestó el bravo veterano. Y el hambre, la sed, el calor insufrible, los alimentos malsanos, las vigiliadas, trajeron á los sitiados la peste, esa otra fiel satélite de la guerra. La iglesia de San Diego, convertida en hospital, no tardó en llenarse de enfermos; para los que en ella cabían faltaban medicinas y alimentos, y los que no cabían morían abandonados en las casas ó en las calles; cada día sucumbían al furor de la peste treinta ó más individuos; no había tiempo ni espacio para enterrar los muertos, y se hacinaban los cadáveres en los atrios de las iglesias y entre los escombros, infestando la atmósfera, y á muchos destrozaban las bombas que no cesaban de caer, esparciendo sus miembros mutilados.

En medio de estas escenas de horror y de muerte, Morelos acudió al recurso de improvisar fiestas sencillas en los puntos más expuestos á los fuegos del enemigo. Quería el gran patriota ofrecer á sus soldados algún solaz entre la desolación que les rodeaba, y levantar así el ánimo de los defensores de Cuautla para que no llegase á flaquear: elegía preferentemente para estas diversiones el terreno próximo al reducto construído por Galeana para defender *la toma del agua*, y allí muchas tardes, al alcance de las balas realistas y acompañado de los principales jefes, tomaba parte en los bailes y *jamaicas* de sus bravos soldados. Daban al viento las músicas sus alegres acordes, y todo era regocijo y animación y estrepitosa algazara en aquel campamento azotado por el hierro, el hambre y la peste. Los disparos de los cañones realistas no eran bastantes á terminar las fiestas, y cada uno de ellos era recibido con aclamaciones y vivas á la independencia. Alguna vez fué tan nutrido el fuego de los sitiadores y estuvo en tanto

los que acompañaban á Matamoros. El cadáver del primero, desnudo y atado sobre una mula que los sitiadores hicieron entrar en el pueblo, fué el aviso que tuvieron los sitiados de la muerte de este distinguido patriota.

<sup>1</sup> En esta salida fué muerto el coronel Perdiz y muchos otros de

peligro la vida de Morelos, que sus soldados le obligaron, casi por la fuerza, á guarecerse detrás de las trincheras del reducto.

Admiraban los realistas tan heroico y sereno valor, que nada era suficiente á abatir, y por eso Calleja, mezclando la impostura á la verdad, hacía sin quererlo el más cumplido elogio de aquella resistencia admirable: «Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla, escribía al virey en 24 de abril, fuese con moralidad y dirigida á una causa justa, merecería algún día *un lugar distinguido en la historia*. Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres á son de repiques en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara, bailes y borrachera el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias ó de rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma *que promete la resurrección temporal y después el paraíso con el goce de todas las pasiones á sus felices musulmanes*.» Y más adelante y sin recordar que otras veces había elogiado el valor del jefe de los independientes, añadía: «el cobardón de Morelos no sale de su casa sino al amanecer de los días de fiesta, para exhortar á su canalla, con el Divinísimo en sus sacrílegas manos, si por sus incomprensibles juicios baja á ellas <sup>1</sup>.»

Si dura y casi extrema era en la segunda quincena de abril la situación de los sitiados, en no menos crítica se hallaban los sitiadores. El ejército de Calleja estaba compuesto de gente nacida en los climas templados y fríos ó venida recientemente de España. Érale, por consiguiente, mortífero el clima de la Tierra Caliente, y en él se cebaban las fiebres intermitentes, que son endémicas en esas regiones; sus hospitales estaban henchidos de enfermos, y el general realista veía acercarse con pavor la estación de las lluvias, pues bien sabía que en ese caso no le quedaba más medio que levantar el sitio y emprender la retirada. El virey Venegas conocía la verdadera situación de Calleja, y quizás no le pesaba ver á su émulo en riesgo de perder todo su prestigio militar: urgíale á terminar el sitio disponiendo un asalto general, pero á estas constantes excitativas contestaba Calleja: «El 19 de febrero asalté por cuatro puntos diferentes á Cuautla, que no estaba ni de mucho fortificada como en el día; mi tropa, acostumbrada á la victoria, no dudaba obtenerla. Tomé todas las disposiciones que creí convenientes, pero nada bastó, y tres veces

fueron rechazados y vueltos á la carga, y en la última fué necesario que yo mismo condujese á los granaderos acobardados...» El 24 de abril, al enviarle el estado seminario de los hospitales, le pedía la orden terminante de lo que debía hacer, en el caso difícil, pero no imposible, de que Morelos hallase medios de sostenerse los pocos días que faltaban para que comenzase la estación lluviosa, y en respuesta, Venegas, que sentía lisonjeada su venganza con las confesiones de su odiado rival, le decía: «Son muy exactas las reflexiones de V. S. sobre la constancia de Morelos y sus mahométicas máximas... Los insurgentes hacen por todas partes el último esfuerzo: nos han tomado á Pachuca; Olazabal ha sido atacado con su convoy en Nopalucan; Tepeaca ha sido ocupada por los rebeldes, y están atacando á Toluca y Atlixco. Sin embargo, Cuautla es el punto principal y el centro de donde ha de proceder el desembarazo de los restantes; es cuanto tengo que decir á V. S. sobre la importancia de llevar á cabo la empresa. César dijo, después de la batalla de Munda, que en otras había peleado por obtener la victoria, *pero en aquella por salvar la vida*... no difiere mucho nuestra situación.»

A esta cita histórica replicaba Calleja con mal reprimido despecho: «En efecto, la situación de César en Munda difería poco de la nuestra; pero yo espero que el suceso será muy semejante al suyo *si apuráremos nuestros recursos* y las aguas se retardan.» De suerte, que aquellos dos hombres, celosos el uno del otro, agriados por estas mutuas reconvenções y entorpeciéndose recíprocamente, habrían ayudado eficazmente á Morelos con sus discordias, si éste logrado hubiese interceptar tan importantes comunicaciones, que revelaban la verdadera situación de los sitiadores. Quizás, en vista de ellas, el caudillo mexicano habría exigido entonces de sus tropas heroicas algunos días más de sacrificio hasta lograr que los realistas levantasen su campo.

Pero los independientes, lo mismo que los patriotas habitantes de Cuautla, sólo tenían á toda hora, sin tregua ni respiro, el hambre, la sed, la peste y el fuego de los cañones enemigos que reducía á escombros el caserío del pueblo. Sus municiones estaban casi agotadas, pues el fuego no cesaba sino en raros y cortos intervalos; la fuerza armada que contaban al empezar el sitio, mermada por la peste, por los continuos combates y por las partidas que habían podido salir de la plaza al mando de Larios y de Matamoros, al espirar el mes de abril apenas llegaba á mil hombres, en tanto que los realistas reponian sus bajas con tropas de refresco. Cada día se alzaba el ardiente sol del Sur sobre las colinas de Zaca-tepec, y después de alumbrar mil episodios heroicos de aquel memorable sitio se hundía velado por el humo del combate detrás del campamento de Calleja, sin que la noche trajera alguna tregua, ni á la lucha ni á los indeseables sufrimientos de los sitiados.

Una última esperanza manteníase por éstos: la

<sup>1</sup> Con este motivo dice Alamán lo siguiente, corrigiendo el injusto juicio de su héroe Calleja: «Es cierto que Morelos permanecía en las casas reales que ocupaba en la plaza de Santo Domingo, jugando todo el día á malilla, con la tranquilidad que pudiera en la casa cural de su pueblo, y dejaba todo el riesgo y la gloria del sitio á Galeana y don Leonardo Bravo; pero no por eso merece la calificación de cobarde un hombre que hasta entonces nunca había excusado poner su persona en peligro.» (*Historia de México*, tomo II, pág. 513).

llegada de Matamoros, que algunos días antes, como se ha dicho, había roto con bravura irresistible la línea de circunvalación, resuelto á volver con provisiones y pertrechos. Unido, en efecto, en el pueblo de Ocuituco á la fuerza comandada por don Miguel Bravo y el capitán Larios, pudo allegar considerable cantidad de víveres; trasladóse luego á la barranca de Tlayacac, y desde allí avisó á Morelos que en la mañana del día 27 se proponía introducir el convoy por el rumbo del reducto de *la toma*, forzando para ello la línea de circunvalación entre Amelcingo y el barranco llamado de la *Hedionda*.

Calleja, ya por haber interceptado el correo que conducía á la plaza tal aviso, ya por observar en la cumbre de un cerro lejano una gran luminaria que comprendió debía ser una señal de inteligencia entre Matamoros y la plaza sitiada, adoptó rápidamente las medidas del caso poniendo sobre las armas á todas sus tropas. Al amanecer del día 27, los independientes, en número de dos mil hombres, acaudillados por Matamoros y don Miguel Bravo, aparecieron por la retaguardia de las posiciones realistas de Amelcingo y barranco de la *Hedionda*, atacando con vigor á las líneas de Llano. Pero éstas, considerablemente reforzadas con otros cuerpos del ejército, sostuvieron el combate, rechazaron los desesperados asaltos de Matamoros, y secundadas por los fuegos mortíferos de una batería que el día anterior había sido construída en Amelcingo, acabaron por perseguir á los independientes, que se retiraron en desorden hasta sus posiciones de Tlayacac. Oyóse en Cuautla el estruendo de la refriega, y adivinando Morelos el intento de Matamoros salió á la cabeza de una columna, y acometiendo con furia las líneas sitiadoras, logró envolver por algún tiempo al batallón de Lovera; pero rechazado entretanto Matamoros echaron los realistas todas sus fuerzas sobre la columna de Morelos; desembarazóse Lovera cargando á la bayoneta, y los sitiados se vieron forzados á encerrarse de nuevo en la plaza, sin la esperanza de recibir ya ningún socorro.

Era llegado el caso de capitular sin deshonra, y comprendiéndolo así Calleja, quien desde el 17 de aquel mes había consultado al virey si enviaba á los sitiados el bando de indulto concedido por las Cortes en noviembre del año anterior, hizo pasar á Morelos, tres días después del combate de Amelcingo, un ejemplar del bando, ofreciendo el perdón á Morelos, Galeana y don Leonardo Bravo. El primero de éstos devolvió, sin embargo, el papel que se le enviaba, escribiendo en su reverso: *Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos* <sup>1</sup>.

El 1.º de mayo de 1812 se cumplieron setenta y

dos días de asedio, marcándose cada uno de ellos con alguna hazaña famosa por parte de los defensores de la independencia. Frustrado el plan que se propuso realizar el coronel Matamoros, agotadas por completo las provisiones y los pertrechos, llevado hasta la linde de lo humano el sufrimiento de los sitiados y rechazado con altivo desdén el indulto que se le ofrecía, hubo Morelos de resolverse á romper el sitio, prefiriendo una muerte gloriosa en el campo de batalla, á caer exhaustos él y los suyos en manos de sus enemigos. Al espirar la tarde de ese día, reunió á sus principales tenientes y arregló con ellos la salida de las tropas, que debía efectuarse por el rumbo del noreste, entre el fortín del Calvario y el pueblecillo de Amelcingo <sup>1</sup>.

La plaza de San Diego, lugar de los embravecidos combates del 19 de febrero, fué señalada para la reunión de las tropas. Dieron las dos de la mañana; la luna comenzó á disipar las tinieblas como para servir de guía á esa pequeña legión de héroes <sup>2</sup>. Circuló entre las filas la voz de marcha, y púsose en movimiento la columna. Iba Galeana á la vanguardia con la mejor infantería; seguían luego doscientos cincuenta lanceros; detrás de éstos dos piezas pequeñas de artillería, siendo una de ellas el famoso *Niño*; marchaban luego los que conducían á los heridos; Morelos con don Leonardo y don Víctor Bravo se colocó en seguida al frente del resto de la infantería, y formaba la retaguardia una pequeña fuerza de caballería á las órdenes del capitán Anzures. Entre las secciones en que iba dividida la valiente guarnición, marchaban también muchos de los habitantes del pueblo, de todo sexo y edad, desencajados y macilentos, pero que huían temiendo la ferocidad de los sitiadores. En ese orden salió de Cuautla la columna siguiendo la caja del río y procurando hacer el menos ruido posible. Reinaba profunda calma en las líneas sitiadoras; y sin ser inquietados traspasaron los independientes la de circunvalación, dejando á su izquierda el formidable reducto del Calvario. Continuaron su marcha en silencio y con las armas preparadas. De repente hallaron en su camino un zanjón que les impedía el paso; echaron sobre él algunas vigas de las que para el caso llevaban, y atravesaron por aquel puente improvisado. En estos momentos un centinela enemigo dió el *¡quién vive!* y

<sup>1</sup> La orden de salida, escrita de la misma letra de Morelos, se halla en el *Archivo general de la Nación* en el legajo intitulado: *Ordenes para el servicio militar de Cuautla*, y dice así: «Que las lumbradas de los baluartes estén gruesas. Que tras de la avanzada vayan zapadores con herramienta. Siguese la vanguardia de caballería. Luego media infantería. Luego el cargamento de artillería. Luego la otra media infantería. Luego la retaguardia de caballería. Que se den velas dobles y se vendan las sobrantes y el jabón. Que repartido el prest se dé un peso á cada enfermo y la mitad del sobrante se traiga. Que se junten cuarenta mulas, y si no hay que se reduzcan los cañones. Que se repartan los cartuchos á cinco paquetes: dos tiros y clavo.»

<sup>2</sup> A propósito de la salida, dice Alamán: «A las dos de la mañana del día 2, estando la noche muy *obscura*, emprendió Morelos su salida, etc.» En cuanto á la *obscuridad* diremos que basta consultar el almanaque de 1812 para afirmar que esa noche fué de luna.

<sup>1</sup> BUSTAMANTE — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 71. — Con este motivo dice Alamán en una nota puesta al pié de la página 522, tomo II, de su *Historia de México* (edición de 1850), que él sigue lo que dijo Calleja en su parte, relativo al indulto, porque *generalmente merecen más confianza las noticias de los jefes realistas que las de los insurgentes*. No hemos podido resistir al deseo de copiar esta apreciación que revela por sí sola la parcialidad del historiador Alamán.

aunque Galeana le mató de un pistoletazo la alarma cundió rápidamente por toda la línea sitiadora, y la columna se vió envuelta por algunos batallones realistas al llegar á la hacienda de Guadalupita. Parapetáronse los independientes detrás de las cercas de piedra y se defendieron bravamente á los gritos mil veces repetidos de ¡viva la Virgen de Guadalupe! ¡viva la América! Pero después de una hora de combate, rodeábalos casi todo el ejército sitiador. Morelos, los Bravos, Galeana, Anzures y Ayala peleaban en primera fila y animaban con su voz y con su ejemplo á sus soldados. En lo más reñido del combate cayó el caballo de Morelos arrastrando al general en su caída; levantáronlo los suyos cuando á punto estaba de quedar prisionero, y arrojándose con increíble empuje sobre los realistas lograron romper el cerco de fuego que los envolvía y prosiguieron su retirada, en gran desorden ya, y perseguidos vigorosamente por la caballería de Calleja.

Este general supo con bastante atraso el extraordinario suceso que ocurría en sus líneas. Enfermo hasta el grado de guardar cama, á las cuatro y media de aquella misma mañana, es decir, dos horas y media después de haber iniciado Morelos su atrevido movimiento, escribía lo siguiente á Venegas: «Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible, y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia que si no le acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde los auxilios. V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer <sup>1</sup>. Así, la resistencia que al fin hallaron los sitiados en su retirada fué combinada por los jefes de las líneas sitiadoras, y no por el general Calleja que ignoró, durante dos ó más horas, lo que pasaba en el rumbo noreste de Cuautla. Advertido al fin, dictó sus órdenes violentamente, y mientras la caballería marchaba en pos de los independientes, dispuso que algunos de sus batallones ocupasen desde luego la abandonada plaza.

Fué la persecución activa y sangrienta. La tropa regular de los independientes pudo marchar con algún orden, no sin dejar sus dos cañones y ciento cincuenta muertos tendidos en el campo, hacia las faldas del Popocatepetl, siguiendo el rumbo del pueblo de Ocuituco, y pasando luego á Izúcar, donde se unió con la que estaba á las órdenes de don Miguel Bravo. El hermano de éste, don Leonardo, que tantas pruebas de heroico valor dió durante el sitio, separado de sus compañeros en medio del desconcierto de aquella congojosa retirada, llegó tres días después á la hacienda de San Gabriel, propiedad de Yermo, cuyos dependientes le aprehendieron, así como á los pocos oficiales y soldados que le acompañaban. Pero quienes sufrieron más en la perse-

cución fueron los infelices habitantes de Cuautla, que, inermes en su mayor parte, iban en el centro y á retaguardia de la columna. Sobre ellos se cebó la furia de la caballería realista, degollando sin compasión á todos los que hallaba á su paso. Calleja en su parte al vírey estima en cuatro mil hombres la pérdida total que sufrieron los independientes, pero esta cantidad parece muy exagerada, y con razón, al mismo historiador Alamán <sup>1</sup>.

Al mismo tiempo que numerosas fuerzas realistas perseguían á los independientes, dos batallones, al mando del coronel don José María de Echeagaray, ocuparon el pueblo y se dedicaron á recoger toda la artillería, armas y municiones que abandonaron los sitiados. El historiador Bustamante afirma que Calleja dió orden de que fuesen fusilados algunos individuos dentro de Cuautla, y que esta disposición quedó cumplida. Alamán, por el contrario, asegura que no hubo ninguna ejecución, no obstante la orden de Calleja comunicada al coronel Echeagaray de que solicitase cuidadosamente entre los presos al negro José Andrés Carranza, que salía á insultar á la tropa por el reducto del Calvario, y al tambor que por el mismo y por otros puntos tocaba por la noche el paso de ataque, y que los hiciese ahorcar, sin darles más tiempo que el preciso para disponerse á morir cristianamente. El coronel que hemos nombrado ya y que recibió la investidura de gobernador de Cuautla, comunicaba al general en jefe su entrada en este pueblo, y decíale lo siguiente: «Presenta (Cuautla) la vista más horrorosa: la mayor parte de las casas están destruidas por el cañón y las bombas; de entre las ruinas sale un hedor insufrible, proveniente de los cadáveres de hombres y bestias mezclados unos con otros, de la inmundicia y basura que observo en todas partes: los ayes y clamores de los que andan por las calles solicitando alimento, extenuados y reducidos al último extremo de la miseria, exigen la compasión de todos: en los conventos de Santo Domingo y San Diego están ocupadas sus habitaciones con enfermos, sin distinción de sexo ni edad, y lo mismo las sacristías, las iglesias y aun las torres. Se encontraron en el primero doscientos veintitrés y en el segundo trescientos sesenta y dos. ¡Qué tristeza infundía hallar entre ellos cadáveres de dos ó tres días, otros de menos tiempo y aquellos de los que acababan de fallecer; mirar agonizar á muchos de los heridos y enfermos, y oír los lamentos y quejidos de los que, agobiados de las enfermedades, sólo esperaban

<sup>1</sup> Este, en una nota á su *Historia de México*, tomo II, pág. 524, dice lo siguiente: «Don Esteban Moctezuma, que fué después general de la república, acompañaba en la persecución al realista don Anastasio Bustamante, entonces capitán de San Luis y comandante de las guerrillas, de quien Moctezuma era ordenanza. Moctezuma, al volver á Cuautla, concluido el alcance iba matando con la lanza á las mujeres que hallaba heridas por el camino, cuyo acto de crueldad le reprendió Bustamante, á quien he oído referir el suceso de su propia boca. Moctezuma era, sin embargo, hombre de gran valentía, de que dió después muchas pruebas, y es por lo mismo más extraño en él este acto de crueldad.»

<sup>1</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 76. — Causa lástima la debilidad de las razones con que Alamán pretende disculpar la ignorancia en que se hallaba Calleja respecto de la salida de Morelos.

hallar consuelo en la misma muerte!» Y más adelante, y después de enumerar las providencias dictadas por él para atender á tanta miseria, añadía el coronel Echeagaray: «No alcanzaron las medidas tomadas para liberar de las feroces garras de la muerte á quinientas setenta y cinco víctimas sacrificadas por la peste, desde el día 2 hasta el 7 del corriente: quedaron enfermos y entregué al señor brigadier don Ciriaco del Llano ciento cincuenta y uno, para que de los hospitales en que existían se trasladaran á las haciendas para su convalecencia <sup>1</sup>.»

No obstante la extrema miseria que ofrecía por do quiera el pueblo de Cuautla, los soldados realistas se entregaron al saqueo apenas entraron en su recinto, sin que se escaparan á su rapacidad ni los ornamentos de las iglesias. El coronel Echeagaray decía á Calleja que sus tropas habían dejado las casas *en peor estado que las de Zitácuaro*, que los mismos soldados que custodiaban eran los que habían causado más mal y que la iglesia, después de cerrada, fué saqueada <sup>2</sup>.

Así acabó el sitio famoso de Cuautla, que duró setenta y dos días, desde el 19 de febrero, en que fué rechazado Calleja en el ataque primero de la plaza, hasta el 1.º de mayo, último día en que Morelos se sostuvo en sus gloriosos atrincheramientos <sup>3</sup>. Para formarlos y sostenerlos, el gobierno vireinal gastó una suma cuantiosa que algún historiador hace ascender á 1.700,000 pesos <sup>4</sup>; aglomeró lo mejor y más granado de sus tropas y empleó sus más valiosos elementos en todo género. Pero sobre todo, ese sitio memorable dió en tierra con el

<sup>1</sup> Informe del coronel don José María de Echeagaray y Bocio: *Archivo general de la Nación*, tomo LV del ramo de Historia.

<sup>2</sup> ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 526, y la nota al pié de esa página. Véase también el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo II, págs. 76 y 77.

<sup>3</sup> «Tenía Morelos en Cuautla á su hijo mayor don Juan Nepomuceno Almonte, á quien en sus declaraciones dijo que llamaba su *adivino*, aunque sin explicar el motivo. Para su instrucción ó entretenimiento había hecho se le formase una compañía de niños de su misma edad, de que lo nombró capitán y era conocida con el nombre de la *Compañía de los emulantes*. Estos niños salían á las trincheras y una vez condujeron en triunfo á un dragón que hicieron prisionero, aunque él dijo que iba á presentarse á Morelos.

»En toda la continuación del sitio se ejercieron por una y otra parte actos continuos de inhumanidad con los prisioneros. En el ataque del 19 de febrero, un granadero del ejército real quedó herido en la trinchera de San Diego y fué hecho prisionero. Morelos quiso persuadirlo que siguiese su partido, y habiéndolo rehusado con decisión, lo hizo fusilar y conducir en la noche su cadáver puesto en una silla á inmediaciones del campo de Calleja para que al día siguiente lo recogiesen sus compañeros.

»Por el lado contrario, entre los papeles concernientes al sitio de Cuautla que existen en el *Archivo general*, hay multitud de sumarias formadas á los que eran sorprendidos saliendo ó entrando en el pueblo, que la mayor parte concluyen con la sentencia de la pena capital. Una de éstas es la que se formó al norte-americano Nicolás Colé, uno de los tres que se pasaron á Morelos en las inmediaciones de Acapulco, y fué cogido el 11 de marzo en uno de los ataques intentados contra el reducto del Calvario. No obstante haber dado una instrucción muy detallada sobre el estado interior de Cuautla, que debió ser muy útil á Calleja para dirigir con acierto sus operaciones ulteriores, fué condenado á muerte y ejecutado el 15 de aquel mes.» (ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 529).

<sup>4</sup> J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 362. — BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 87, y ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 532.

prestigio de Calleja y fué muy perjudicial á la disciplina del ejército realista, en cuyo campamento tomaron asiento todos los vicios, sin que su jefe se atreviese á extirparlos con su vigor acostumbrado, temiendo disgustar á los oficiales y soldados, que tanto sufrían con los rigores de un clima abrasador y malsano.

La defensa heroica de Cuautla cubrió de gloria los nombres de Morelos, Galeana, Matamoros y los Bravos, y dió más fuerza y más prestigio á la causa de la independencia que la más espléndida victoria. No elogiemos nosotros el mérito de estos preclaros caudillos de la revolución. Veamos lo que dice el historiador Alamán, apasionado panegirista de los dominadores: «Los insurgentes dieron durante todo el asedio pruebas de valor y constancia, y en esta ocasión se demostró, más que en ninguna otra, cuán diverso hubiera podido ser el éxito de la revolución si Hidalgo, en vez de presentar en campo raso masas numerosas de gente indisciplinada, se hubiese reducido á organizar el número de hombres que podía armar y defender con ellos las poblaciones que había ocupado y las fuertes posiciones en que abunda el país en que hizo sus campañas... A todos los males que la revolución había ya causado, del sitio de Cuautla salió otro nuevo y gravísimo, que fué la epidemia de fiebres malignas, que desde aquel punto se fué extendiendo en todo el reino, con gran estrago de la población, especialmente en las grandes ciudades de Puebla y México, que fueron de las primeras en resentir aquella calamidad. En cuanto á Morelos, el clima y la estación le sirvieron otra vez de antemural impenetrable, y libre del riesgo de ser atacado por los realistas en el punto á que se retiró, tuvo tiempo para rehacerse de la pérdida que había sufrido recogiendo los dispersos y levantando nueva gente, con que se volvió á presentar pronto en campaña más pujante y temible que antes. Su reputación había crecido con los últimos sucesos, y aunque en el resultado del sitio de Cuautla el triunfo quedase por parte de los realistas, la fama y la gloria fué sin duda para Morelos <sup>1</sup>.» El mismo Calleja, algunos años más tarde, y cuando retirado en su patria podía juzgar con entera calma los sucesos en que tuvo tan principal participio, se complacía en proclamar el mérito de los ilustres defensores de Cuautla, enalteciendo entre todos al denodado Morelos <sup>2</sup>.

Pocos días bastaron á Calleja para recoger la artillería y pertrechos de guerra abandonados por los independientes en la desde entonces célebre Cuautla, y antes de su separación ordenó el incendio de este pueblo, á semejanza del castigo que impuso á Zitácuaro en los primeros días del año. Ardían ya algunas casas, y pronto las llamas habrían devorado el resto de la población, cuando á ruego de algunos vecinos que se mantuvieron fieles á la causa del rey suspendióse la obra

<sup>1</sup> ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 533.

<sup>2</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 76.

vandálica que comenzaba á realizarse. Levantado, por último, el campo, la división de don Ciriaco del Llano tornó á sus acantonamientos de Puebla, reforzada con la columna de Granaderos, y el resto del ejército del Centro, con Calleja á la cabeza, hizo su entrada en México el 16 de mayo de 1812. Ni el aire marcial de los batallones de Lovera y Asturias, recién venidos de España; ni la numerosa artillería tomada en Cuautla á los independientes; ni los prisioneros que ornaban el triunfo del vencedor, contándose entre ellos don Leonardo Bravo, que fué incorporado en el camino á la columna realista, fueron bastantes á excitar en los partidarios de la dominación española un entusiasmo tan vivo como el que produjo la entrada del mismo ejército del Centro después del triunfo que alcanzó en Zitácuaro. Y era que la resistencia heroica de Cuautla, revelando fuerza y vigor

antes ignorados en las huestes de la revolución, hacía palidecer los frescos lauros de Calleja y auguraba la continuación de una lucha dilatada y sangrienta.

La desaparición, por el momento, de todo cuerpo de ejército independiente que exigiera el empleo activo de un general como Calleja, facilitó al virey la realización de un proyecto que había madurado con calma y en el que había persistido después de sus agrias contestaciones con aquel jefe durante el asedio de Cuautla. Con el pretexto de dividir las fuerzas en varias secciones que atendiesen mejor á las necesidades de la guerra, disolvió el ejército del Centro, que nunca consideró adicto á su persona, y en consecuencia, el 17 de mayo dejó el mando Calleja, y sus tropas, incorporadas á la guarnición, recibieron en ese día la orden de la plaza del mayor general conde de Alcaraz.